

faceta hasta ahora no conocida del pensamiento del autor, es decir, su idea de moneda. Aspecto no secundario desde el punto de vista historiográfico es el examen de esta idea presentada dentro de su contexto de gestación —el *Dotzè del Crestià*, la principal obra política del fraile catalán. Además, el pensamiento de Eiximenis se sitúa en la más amplia reflexión franciscana en materia económica sin olvidar una confrontación con otros textos producidos en los territorios de la Corona de Aragón y, sobre todo, individuando las dialécticas y las implementaciones que se verifican entre los capítulos eiximenianos sobre la moneda, la tradición jurídica y aquella relacionada con el conocimiento de la *Ética* aristotélica entre los siglos XIII y XV. El análisis con el que Eiximenis relaciona la moneda, bien común, a la ciudadanía y a la *utilitas* de la comunidad demuestra ser un razonamiento fundamental de su reflexión franciscana. Por su importancia, tal razonamiento tiene que ser considerado por los estudiosos que se acercan al estudio de Eiximenis y por los que se dedican al estudio de la historia económica, ética y política de la Edad media y de la Edad moderna.

Por último, hay que destacar que el interés de lectura por cuanto Evangelisti va proponiendo en estas páginas se refiere no sólo a la historia de la economía, de la política y del franciscanismo medievales, sino promueve una útil reflexión sobre todos estos temas, declinados en la historia diaria, es decir, en nuestro presente, constituido por mercados y por lógicas económicas globalizadas, por deudas soberanas que, a menudo, son soberanas en cuanto se alzan sobre los derechos y dignidad individuales que, al contrario, no tendrían que derrumbarse ante la soberanía de la deuda y de una ciega soberanía de la moneda.

Chiara Mancinelli

Universitat Autònoma de Barcelona

Chiara.mancinelli@e-campus.uab.cat



César González Mínguez, *Poder real y poder nobiliar en la Corona de Castilla (1252-1369)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 2012. 261 pp., ISBN: 978-84-9860-657-7.

César González Mínguez, catedrático de Historia Medieval en la Universidad del País Vasco, plantea en esta obra una síntesis de los principales resultados ofrecidos por la historiografía reciente sobre las relaciones entre monarquía y

nobleza en la Corona de Castilla, entre mediados del siglo XIII y la segunda mitad del XIV. Una síntesis que no sólo incorpora las conclusiones más significativas de la investigación desde mediados del siglo XX, sino que, en buena parte, constituye un ejercicio de reflexión biobibliográfica, dado que el autor es uno de los especialistas más prolíficos y reconocidos del panorama historiográfico actual en este ámbito.

Así, sobre las tesis ya clásicas elaboradas por figuras eminentes del medievalismo español, como Luis Suárez Fernández (la pugna secular entre monarquía y nobleza) o Salvador de Moxó (la renovación del grupo nobiliario castellano desde mediados del siglo XIV), el autor retoma no pocos de los aspectos abordados a lo largo de su propia trayectoria, especialmente en trabajos como *Fernando IV de Castilla (1295-1312). La guerra civil y el predominio de la nobleza* (Valladolid, 1976), *El proyecto político de Alfonso X el Sabio y sus repercusiones en Álava* (Vitoria, 1985) y *Fernando IV de Castilla. 1295-1312* (Palencia, 1995), además de otras cuestiones expuestas en diversos artículos de su autoría, sobre problemas concretos de Historia económica e institucional. A pesar de su ya larga tradición historiográfica, el tema continúa en el eje de buena parte de la producción científica actual, como muestra, entre otras, la *Serie de Historia Medieval y Moderna* del Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco, colección en la que se enmarca el libro que aquí reseñamos.

El objetivo del trabajo es, tal y como apunta el autor en la introducción, seguir “la trayectoria de los enfrentamientos entre monarquía y nobleza durante los reinados de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV, Alfonso XI y Pedro I, es decir, entre 1252 y 1369”, un largo periodo en el que “lo que se va produciendo en el fondo es el fortalecimiento de todo el entramado institucional de la Corona de Castilla y, en consecuencia, del propio poder del rey” (ambas citas en p. 12). Asimismo, el argumento fundamental del estudio, de nuevo según el autor, es “poner de manifiesto la falta de un verdadero proyecto político de Estado por parte de la nobleza castellana, que siempre ha estado más preocupada por resolver sus propios problemas como clase social, fundamentalmente los de índole económica, enmarcados como es natural en el inevitable trasfondo de la crisis bajomedieval” (p. 12).

Ambas premisas se desarrollan a lo largo de diecisiete capítulos, que, por su contenido, podrían articularse en tres grandes bloques. El primero de ellos, de inspiración fundamentalmente teórica, abarcaría los tres primeros capítulos, dedicados, respectivamente, a realizar un balance historiográfico (pp. 13-26), caracterizar globalmente a la nobleza castellana (pp. 27-32) y distinguir entre “poder nobiliar y poder real” (pp. 33-36). El segundo bloque se extendería entre los ca-

pítulos cuarto y decimosexto, en los que se exponen, por orden cronológico, las distintas problemáticas que sustentan el planteamiento del autor (pp. 37-200). Y el último de esos tres bloques equivaldría al último de los capítulos, el decimoséptimo, el cual se encuentra dividido en tres apartados, en los que, respectivamente, se introducen algunas reflexiones sobre el sentido de la crisis bajomedieval (pp. 201-214), se retoman las claves del “difícil equilibrio” entre monarquía y nobleza en Castilla (pp. 215-224) y se realiza una breve semblanza de la reina María de Molina (pp. 225-240).

El resultado del estudio es, pues, deudor de algunas de las grandes aportaciones realizadas por la historiografía del siglo xx a la Historia de la nobleza castellana —fundamentalmente las obras de los dos autores citados, Luis Suárez y Salvador de Moxó—, con todos sus méritos y, cabría añadir, también con aquellos aspectos que restan, todavía, por plantear y resolver. En este sentido, resultan especialmente interesantes los dos primeros capítulos del libro, en los que el autor se hace eco de algunas necesidades fundamentales para el estudio de la nobleza castellana, entre las que cabría destacar la adopción de un método de análisis que permita examinarla en su conjunto (p. 15) o la interpretación del léxico empleado históricamente para identificar las distintas categorías nobiliarias (p. 17).

Pero, más allá de las citadas constataciones iniciales, en los siguientes capítulos es más bien escasa la atención que se concede a la definición sociológica de los dos agentes históricos que intervienen en la obra, es decir, la monarquía y la nobleza, a los que se presenta como dos entidades autónomas y siempre enfrentadas entre sí, en pos de un objetivo tan simple como universal: la ampliación de su poder, cualquiera que éste fuese, y de sus propios ingresos. La indefinición resultante obliga a dejar en suspenso, al menos, tres problemas de gran relevancia. El primero de ellos es la explicación de las bases aristocráticas en las que se sustentaba el poder real en cada momento, dado que, ni en Castilla ni en ninguna parte, la monarquía podía erigirse sin contar con el consentimiento del cuerpo social y particularmente de un sector relevante del grupo dirigente. Un planteamiento adecuado de esta cuestión ayudaría, por ejemplo, a entender mejor la distribución de cuotas de poder en el largo reinado de Alfonso XI —y, muy especialmente, a explicar soluciones de consenso, como la creación de una comisión encargada de vigilar a los tutores del rey, durante su minoría de edad (pp. 127-128)—, así como a desvelar por qué buena parte de la sociedad política castellana asumió con aparente naturalidad la particular política dinástica de este monarca (pp. 133-139).

El segundo problema que queda en suspenso es el sentido de los bandos que se fueron configurando en Castilla a partir de mediados del siglo xiii. Esta se-

gunda ausencia es especialmente significativa, si tenemos en cuenta que las dinámicas de alineación en bandos por parte de la aristocracia (incluido el entorno de la monarquía) y su proyección sobre los estratos inferiores del orden social fueron un fenómeno común en todo el Occidente medieval, el cual, como han demostrado diversos autores, actuó como un factor determinante sobre el plano institucional. Es por ello que este aspecto merece un análisis en detalle, que trate de superar la mera identificación de las figuras masculinas más destacadas de cada parte —solución adoptada, por ejemplo, para el reinado de Fernando IV (p. 102)— y que combine, necesariamente, los datos aportados por las crónicas con la información procedente de otras fuentes primarias. Tales omisiones podrían justificarse para fechas anteriores a 1300, debido a la relativa escasez documental, pero no así para los reinados de Alfonso XI y Pedro I, periodo en el que se configuran las facciones enfrentadas en la guerra civil, en un proceso mucho mejor documentado y que, a pesar de ello, se apunta de forma discontinua y superficial (pp. 55, 168, 180, 183-186 y 195). Asimismo, en relación con este tema, no creemos que sea operativo el uso de un concepto notoriamente anacrónico, como el de “partido político”, para identificar los vínculos establecidos entre los miembros de la aristocracia castellana en la Baja Edad Media (p. 112).

Y la tercera problemática a la que nos referíamos es el papel desempeñado por las figuras femeninas en las relaciones de poder establecidas entre los miembros de la aristocracia castellana. La única mujer a la que se concede protagonismo en este ámbito es la reina María de Molina, a la que el autor dedica, de hecho, un apartado específico dentro del último capítulo (pp. 225-240). En él, se incluye una breve semblanza biográfica de la reina y, sobre todo, se realiza una revisión de la imagen que de esta mujer ha ido elaborando la historiografía castellana desde la Edad Moderna hasta el siglo xx. No obstante, al leer este epígrafe, que se encuentra entre los más logrados de toda la obra, uno no termina de ver el sentido de extraer y aislar del resto del libro las reflexiones sobre el papel de la reina María, como si se tratase de un elemento ajeno a los procesos analizados con anterioridad.

En estrecha relación con estos aspectos, de índole social, se echa en falta también un esfuerzo por acotar los distintos ámbitos y espacios en los que se manifestaba y se ejercía el poder por parte de los miembros de los grupos nobiliarios, desde los concejos hasta la casa del rey, pasando por los señoríos —en su caso— o los cargos y oficios que significaban el ejercicio de funciones por delegación del soberano. Si bien es cierto que, a lo largo del primer capítulo, se introducen algunas nociones sobre el avance del régimen señorial en Castilla (pp. 19-21), así como en torno al funcionamiento de los órganos del poder del reino y de los

diversos ámbitos regionales (p. 23), no lo es menos que, en adelante, se prescinde de cualquier referencia de escala a la hora de explicar el poder nobiliario. Y ello a pesar de que, en determinados momentos, sería muy conveniente hacerlo, como por ejemplo al afirmar que, en torno a 1300, los concejos “constituían el único contrapeso posible que cabía oponer al poder de la nobleza” (p. 106). Queda en el aire, sin embargo, el argumento que justifique esa supuesta desvinculación entre las estructuras del poder local y los grupos nobiliarios. La omisión de este tipo de cuestiones —difícil de justificar en el panorama historiográfico actual— obstaculiza sobremanera la percepción de los fenómenos de movilidad social y, por lo tanto, la identificación de trayectorias de promoción y degradación de individuos y parentelas completas.

De otro lado, la interpretación de los sucesivos enfrentamientos en la cúspide del poder social, acaecidos durante toda la cronología tratada en la obra, se explica, según hemos apuntado algo más arriba, como la consecuencia lógica de una “oposición dialéctica” entre monarquía y nobleza (p. 33). Dicha oposición se pondría especialmente de manifiesto siempre que el segundo de dichos agentes, es decir, la nobleza, se decidiera a plantar cara a la monarquía para acercarse al que, según el autor, constituye su gran objetivo, en cualquier momento y lugar, como es la ampliación de su poder personal y del volumen de sus ingresos (pp. 52, 216-217 y 224). La tesis es clara y da pie a pocas controversias, si bien su desarrollo abre serios interrogantes. Cabe preguntarse, en primer lugar, si es posible que dos elementos sustanciales de la clase dominante en el sistema feudal, como la monarquía y la nobleza, pudieran existir, sin embargo, en permanente oposición dialéctica. Tal vez un análisis en detalle de los fenómenos de movilidad social entre las bases aristocráticas del poder real, a las que nos referíamos más arriba, podría ayudar a comprender mejor las razones concretas de este tipo de conflictos. Asimismo, convendría mostrar con algún ejemplo representativo la influencia de la crisis bajomedieval —entendida como un significativo descenso en el nivel de los ingresos asociados a los dominios señoriales— sobre las dinámicas políticas, un aspecto que, a pesar de ser explícitamente enunciado por el autor al comienzo del libro (p. 12), únicamente se plantea de modo tangencial en el último capítulo del mismo (pp. 209-212).

En cualquier caso, la permanente oposición dialéctica entre monarquía y nobleza no habría sido incompatible con la progresión de una y otra parte, ya que, en el desenlace de su argumentación, el autor no duda en definir el periodo cronológico estudiado como una fase de fortalecimiento de ambos agentes o, mejor, de sus respectivas posiciones de poder. Así, en el último capítulo se afirma que “en el enfrentamiento entre nobleza y monarquía el año 1272 marca el inicio de

una etapa en que el protagonismo va a ejercerlo claramente la nobleza que, de alguna forma, mantiene cercada a la monarquía mientras que ésta ve frenado el proceso de fortalecimiento institucional”; para, seguidamente, señalar que “en medio de los constantes vaivenes que se suceden en las relaciones entre monarquía y nobleza, es indudable que en la Corona de Castilla se produjo un proceso de fortalecimiento del poder monárquico desde la época de Alfonso X, que continuará hasta la formación del llamado Estado moderno” (las dos citas en p. 222).

En otro orden de cosas, el bagaje bibliográfico empleado es amplio y se encuentra actualizado, mientras que el repertorio de fuentes trabajadas, fundamentalmente a partir de ediciones de las mismas, es notable. Sin embargo, todos los materiales seleccionados se encuadran tanto histórica como historiográficamente en el ámbito de la Corona de Castilla, sin que se hayan tenido en cuenta, por ejemplo, fuentes primarias procedentes de otros Estados peninsulares —tanto crónicas como ediciones documentales— que podrían haber completado sustancialmente no pocos de los aspectos tratados. Asimismo, se ha prescindido también de cualquier referencia a los abundantes estudios publicados en las últimas décadas sobre la nobleza en Navarra, Portugal, Inglaterra, Francia o la Corona de Aragón, por citar, tan sólo, algunos de los territorios más próximos a la propia Corona de Castilla. Esta renuncia a sobrepasar las fronteras del universo castellano ha imposibilitado, en consecuencia, la realización de comparaciones y la ubicación de los fenómenos explicados dentro del contexto histórico de la Europa feudal, dos elementos que habrían otorgado, sin duda, una solidez mucho mayor a la obra. Como consecuencia de este hecho, no son pocas las cuestiones de índole general que se presentan, a lo largo de los diferentes capítulos, como particulares de la Corona de Castilla, obviando por completo que se encuadran dentro de procesos de cambio experimentados a escala europea.

Así, por ejemplo, la reforma legislativa implementada en Castilla durante el reinado de Alfonso X (pp. 38-40) difícilmente puede entenderse al margen de los procesos de unificación foral atravesados simultáneamente por el resto de los Estados peninsulares, procesos que, sin embargo, no son mencionados en ningún momento. En relación con este tema, sí se incluyen, no obstante, ciertas valoraciones que no se argumentan y que resultan, cuando menos, sorprendentes, al considerar, por ejemplo, que “la serie de reformas alfonsíes inauguró precozmente, en relación a lo que sucedió en otros reinos occidentales, un proceso de institucionalización del ejercicio del poder que continuará, bien que con ciertos altibajos, hasta el final de la Edad Media” (p. 45). Tampoco se alude a ninguno de los conflictos que enfrentaron a monarquía y nobleza en otros territorios de la Península Ibérica, a pesar de que, muchas veces, se produjeron de manera sincró-

nica e interrelacionada con los problemas existentes en el interior de la Corona castellana. La “fórmula de gobierno” anhelada por la nobleza (pp. 107-110) o, en cualquier caso, las estrategias y objetivos nobiliarios en cada una de estas crisis constituyen una problemática común cuya interpretación debería incluir, como mínimo, una mirada a lo ocurrido en otras latitudes. Y este mismo problema se pone de manifiesto al explicar la fundación de la Orden de la Banda como una estrategia particular del monarca castellano Alfonso XI (pp. 139-141), sin constatar el hecho de que la creación de órdenes de caballería, durante la primera mitad del siglo xiv, es un fenómeno común al conjunto de la Europa feudal.

En resumen, el libro supone una buena introducción a la conflictividad desarrollada en torno al poder real en la Corona de Castilla, entre los reinados de Alfonso X y Pedro I, abriendo además, al lector interesado, abundantes caminos para profundizar en aspectos particulares, a partir del amplio elenco de fuentes primarias y bibliografía manejado. A lo largo del mismo, sin embargo, se echa de menos la utilización de un marco teórico que defina, en términos sociológicos, conceptos —comenzando por el poder y sus manifestaciones— y categorías sociales, así como la introducción de reflexiones comparativas, dos elementos que permitirían situar los fenómenos propios de la Corona de Castilla dentro del proceso de cambio social e institucional experimentado por la sociedad feudal europea entre los siglos xiii y xiv.

Mario Lafuente Gómez
Universidad de Zaragoza
 mariolg@unizar.es



Thomas K. Heebøll-Holm, *Ports, Piracy and Maritime War. Piracy in the English Channel and the Atlantic, c. 1280 – c. 1330*, Leiden – Boston: Brill, 2013, 295 pp. ISBN: 978-90-04-23570-0.

Desde hace ya varias décadas el medievalismo viene insistiendo sobre la existencia de una “civilización atlántica medieval” con unas coordenadas y características propias, proliferando numerosos trabajos que han abordado el análisis de esta realidad con gran acierto desde diferentes puntos de vista, en los que destaca el tratamiento de los diversos contactos entre las sociedades de esta Europa atlántica. Contactos en los que juega un importante papel la violencia marítima o